

TRADUCCIONES
DE ANACREONTE.



ODA II.

LAS MUJERES.

Duro casco al caballo dió Natura,
Y con astas, del toro armó la frente;
Al león regaló filoso diente,
Pies á la liebre, de sin par soltura.

Nadan los peces en la linfa pura;
Vuelan las aves por el claro ambiente;
Sagaz, profunda, valerosa mente
Es del varón la espléndida armadura.

¿Y qué? ¿No resta ya á Naturaleza
Qué dar á la mujer? ¡Ah! Le destina
El arma más terrible: la belleza.

Todo poder á la beldad se inclina:
Lanza, escudo, acerada fortaleza,
Aun el fuego voraz ella domina.

ODA III.

—

EL AMOR MOJADO.

I.

Era una noche tempestuosa y fría.
Allá en el Septentrión, con pie ligero
La *Osa Mayor*, del celestial *Bojero*
Hacia la izquierda mano se movía.

Tras sus fatigas, el mortal dormía
Acá en la tierra, cuando Amor artero,
En medio de terrífico aguacero,
Vino á llamar á la morada mía.

—¿Quién á turbar mi plácido reposo,
A tan extrañas horas se presenta?
Exclamé entre mohino y receloso.

—Abre, me respondió, ¿qué te amedrenta?
Un niño soy que, errante y temeroso,
Se quiere guarecer de la tormenta.

II.

A compasión me mueve su quejido,
Salto del lecho, enciendo mi linterna,
Y, sin pensar, de la mansión paterna
Abro las puertas al rapaz de Gnido.

Junto al hogar de calentarlo cuido;
Lo siento con amor sobre mi pierna,
Mientras secando va mi mano tierna
El sedoso cabello humedecido;

Sus manecitas pongo en mi regazo,
Y al enjugar la espalda, con asombro
Miro dos alas de gentil plumaje.

Un arco le descubro bajo el brazo,
Y una aljaba, que cuélgale del hombro,
Y forma sola su sencillo traje.

III.

Enjuto y reanimado por el fuego
 Que en mi flamante hogar chisporrotea,
 De mi seno se aparta, y juguetea
 El niño alado que llamamos ciego.

Su aljaba y arco sin temor le entrego,
 Y —*Deja, exclama, déjame que vea*
Si servirán aún en la pelea,
Ó inútiles están con tanto riego.

Mírame: con certera puntería
 Una saeta al pecho me dispara,
 Y añade con sarcástica alegría:

—*¡Oh huésped! ¿No me das los parabienes?*
Es bueno mi arco, vuela bien mi vara;
Pero tú el corazón herido tienes.

ODA IV.

—
 Á SÍ MISMO.

Entre los mirtos recostarme quiero
 Y el floreciente loto; desceñido
 El manto y el carcaj, venga Cupido
 A servirme entretanto de copero.

Cual rueda de cuadriga, huye ligero
 El tiempo; y en ceniza convertido,
 Bajo la tierra quedará escondido
 El cuerpo de este vate vocinglero.

¿De qué me servirá bálsamo y flores
 Derramar en el suelo, ó en la piedra
 De mi tumba grabar mis alabanzas?

Aquí mi frente ungid: dadme licores,
 Coronadme de pámpanos y hiedra
 Antes de ver las infernales danzas.

ODA V.

—

LA ROSA.

La rosa de los cándidos amores
 Mezclemos con el néctar de Lieo.
 Será la dulce rosa nuestro arreo
 Al libar sus espléndidos licores.

¡Oh rosa, la más bella de las flores!
 ¡Oh de la primavera alto trofeo!
 Aun del Olimpo deleitar te veo,
 ¡Oh rosa! á los celestes moradores.

Cuando danzar el hijo de Citeres
 Se digna de las Gracias con el coro,
 Adorno ¡oh rosa! de sus rizos eres.

Dadme cien rosas y mi lira de oro,
 Y venid á bailar, lindas mujeres,
 Ante el altar de Baco, á quien adoro.

—

ODA VII.

—

LA CARRERA.

Esgrime el niño Amor vara ligera
 De jacinto; mi espalda azota blando,
 Y con voz infantil, pero de mando,
 Me ordena que lo siga en su carrera.

Volamos á través de la pradera,
 Y mil torrentes rápidos cruzando
 Y abismos, en el bosque venerando
 Entramos de la plácida Citera.

Me baña el trasudor; caigo rendido
 Sobre la hierba, y que se escapa siento
 El alma de mi labio adormecido.

En desamparo tal, dándome viento
 Con sus alas, me dice el buen Cupido:
 —¡Qué! ¿Ya ni para amar tienes aliento?

—

ODA IX.

—

LA PALOMA.

I.

—¿De dónde vienes, cándida paloma?
 ¿Qué numen ha vertido ese que exhalas
 De tu albo pecho y matizadas alas
 Grato perfume de celeste aroma?

¿Quién eres? ¿A dó vas? ¿Qué rumbo toma
 Tu vuelo? ¿Quién te manda, Jove ó Palas?
 ¿A qué cabañas ó doradas salas
 Llevas la carta que en tu pico asoma?

—Es de amores no más la misión mía:
 Hoy á la más gentil de las mujeres
 Anacreonte rápida me envía.

Y si mi historia y dueño saber quieres,
 En premio de una dulce poesía
 Al vate insigne me donó Citeres.

II.

Por servir á mi dueño me desvelo,
 Y suyo es el que ves, tierno billete;
 La libertad en breve me promete;
 Mas yo sin él la libertad no anhelo.

¿Es posible que al monte tienda el vuelo
 Y á las silvestres frutas me sujete,
 Cuando de Anacreonte en el retrete
 Vivo dichosa, sin afán ni duelo?

Él con su mano el pan me despedaza,
 Y cuando apura el néctar delicioso,
 Hace que beba yo en su propia taza.

Con mis alas arrullo al cariñoso
 Vate, en redor volando; y si me caza
 El sueño, ahí en su lira me reposo.

ODA X.

EL CUPIDO DE CERA.

—¡Qué bello Amor de transparente cera!
 ¿Cuánto quieres, rapaz, por tu Cupido?
 —Tómalo desde luego: sólo pido,
 Señor, lo que tu mano darme quiera.

Decirte debo la verdad entera:
 Ni artista soy, ni su escultor he sido;
 Mas mi revuelto hogar, del dios de Gnido
 La ingrata sociedad ya no tolera.

—Ten esta dracma, y al gentil infante
 Pon en mis manos. Aunque astuto y ciego,
 Compañero lo haré fiel y constante.

Ven, ¡oh Cupido! abrázame en tu fuego,
 Ó á las voraces llamas al instante
 Tu débil forma á derretirse entrego.

ODA XI.

EL DESAFÍO.

Rendido estoy. A Amor desobediente,
 Puse, insensato, á sus preceptos traba.
 Él con el arco y la dorada aljaba
 Me provocó á la lid armipotente.

Yo con el yelmo coroné mi frente,
 Tomé el escudo y empuñé la clava.
 Segundo Aquiles ser me figuraba
 Con mi coraza de metal luciente.

Todos sus tiros evité gallardo;
 Y al ver Cupido su carcaj vacío,
 Se disparó á sí propio como un dardo.

Agudo penetró en el pecho mío,
 Y desde entonces en sus llamas ardo
 Maldiciendo combate y desafío.

ODA XII.

—
 A UNA GOLONDRINA.

¿Qué quieres, vocinglera golondrina,
 Qué quieres que severo haga contigo?
 Tú propia elige el ejemplar castigo
 Que merece tu charla matutina.

¿Perder las raudas alas más te inclina,
 Que del halcón te ponen al abrigo,
 O cual Tereo, de tu pico amigo
 La lengua arrancaré, que tanto trina?

Tranquilo reposaba hacia la aurora
 Y á mi lado miraba en grato ensueño
 Al hijo que perdido mi alma llora.

Llegaste á mi ventana; y con empeño
 Empezando á trinar, tu voz canora
 Me arrebató á la par Batilo y sueño.

—

ODA XIV.

—
 A SÍ MISMO.

Tu pie vacila; trémula tu mano
 Se mueve, Anacreonte; eres ya viejo.
 Mira, si no lo crees, en el espejo,
 Tu frente calva y tu cabello cano.

De alegres mujercillas coro insano
 Así me da sarcástico consejo,
 Sin advertir que de pulsar no dejo
 Con diestra firme el plectro soberano.

Si ya toda cayó mi cabellera
 O alguna hebra quizá quedó adherida,
 Ni me importa, ni sé, turba parlera.

Sí sé que de la tumba aborrecida
 Cuanto más cerca me hallo, más debiera
 Correr tras los placeres de la vida.

—

ODA XVIII.

LA COPA DE PLATA.

¡Eminente escultor, nuevo Vulcano!
 Quiero que en esta lámina argentina
 Ostenten á la par su arte divina
 Tu buril y tu ingenio soberano.

No vayas á forjar yelmo troyano:
 La destructora guerra no me inclina.
 En vez de fuerte escudo ó cota fina,
 Un cáliz bien profundo haga tu mano.

No me grabes en él constelaciones,
 Ni Pléyades, ni Carro, ni Boyero.
 ¿Qué me importan á mí los Septentriones?

Vides, racimos incrustados quiero,
 Y un lagar do las uvas á montones
 Huellen Baco y Amor su compañero.

ODA XXXII.

LOS AMORES DE ANACREONTE.

Las olas de la mar y las arenas
 Cuenta, desde la playa al horizonte:
 Cuenta las hojas del Idalio monte,
 Y á mis amores llegarán apenas.

Veinte, y quince además, marca en Atenas.
 ¿Te place que hasta Acaya me remonte?
 De los triunfos del Teyo Anacreonte
 Están las calles de Corinto llenas.

De Jonia á Lesbos y de Caria á Rodas
 Rindiéronse á mi amor dos mil beldades.
 —¡Cómo!—Guarda el papel, aun no están todas.

¿Las conquistas de Cánope no añades,
 Y las que la dulzura de mis odas
 Ganó en las Indias y el lejano Gades?

ODA XXXV.

EL NIDO DE AMORES.

Vienes cada año, amada golondrina,
A hacer tu nido en el ardiente estío;
Tornas al Nilo al empezar el frío,
O á Menfis te diriges peregrina.

Forma, entretanto, el hijo de Ciprina
Nido perenne dentro el pecho mío,
Y de amorcillos el enjambre impío
Copioso en todas épocas germina.

Unos el cascarón rompen apenas,
Otros ya se ejercitan en el vuelo,
Otros ya tienen las aljabas llenas.

El grandecito educa al pequeñuelo,
Y éste al que ayer nació. ¿Pueden mis penas
Entre parvada tal hallar consuelo?

ODA LIII.

LOS AMANTES.

Hierro candente, del corcel veloce
El anca pingüe doloroso sella,
Y lo distingue la indeleble huella,
Aunque entre muchos el bridón retoce.

De nada sirve que la faz emboce
El lidiador; por la tiara bella
Que en su cabeza fúlgida descuella
El guerrero de Partia se conoce.

Así, á primera vista, en el semblante
Descubro yo á la niña enamorada
Y el secreto adivino del amante.

La que en el corazón llevan grabada
Marca sutil de llama fulgurante,
Al encendido rostro se traslada.

ODA LIV.

LA VEJEZ.

Canas mis cejas; blanco mi cabello;
 Mi barba se tornó color de nieve;
 Mi dentadura lánguida se mueve
 De la vejez mostrando el triste sello.

Pasó fugaz el tiempo dulce y bello
 De la florida juventud; y en breve
 La adusta Muerte sin remedio debe
 Con pesada segur tronchar mi cuello.

Lloro al mirarme del sepulcro encima.
 ¿Cómo queréis que viendo la apacible
 Vida escaparse, de pavor no gima?

¡Hórrido abismo, Tártaro terrible!
 ¡Cuán fácil es bajar hasta tu sima!
 Pero el subir de nuevo es imposible.

ODA LX.

Á DIANA.

¡Diosa gentil, de ciervos cazadora,
 Blonda prole de Jove, alma Diana,
 De las fieras agrestes soberana,
 Y de los bosques única señora!

Oye mi voz, que tu favor implora,
 Y ven benigna á la región lejana
 Do el Leteo veloz, con furia insana,
 Hace girar su linfa bramadora.

A recibir el férvido homenaje
 De esta ciudad, henchida de valientes,
 Tu excelso numen del Olimpo baje.

Yo te ruego que aquí tu trono asientes:
 No son un pueblo rudo ni salvaje
 Los que hoy inclinan á tus pies sus frentes.

ODA LXIII.

—
Á UNA YEGUA.

¡Yegua de Tracia, honor de la pradera!
Si llego á ti con palpitante seno,
¿Por qué relinchas tú con voz de trueno
Y, mirándome torva, huyes ligera?

¿Te parezco poltrón? Sabe, altanera,
Que te pondrá mi mano rienda y freno,
Y sobre ti lanzándome sereno,
Te haré girar en rápida carrera.

Pace libre por hoy: alegre salta
Sobre la hierba, en tu feraz retrete,
Que con mil flores primavera esmalta.

No tardará en llegar hábil jinete
A domeñarte. Goza mientras falta
Quien á la silla y carro te sujete.



EPIGRAMAS GRIEGOS.